

LA ESTERILIZACIÓN

LA EUGÉNICA es la rama más joven de la ciencia biológica humana. Los ganaderos y los agricultores conocen desde hace mucho tiempo las leyes del cruzamiento y las normas de la selección artificial a las cuales se somete a los animales y a las plantas. En cuanto al hombre, se le ha dejado multiplicarse al azar, ciegamente, en la promiscuidad social. La profilaxis no ha aparecido sino después de los estragos de las enfermedades endémicas; la legislación higiénica y de las "costumbres" se ha mostrado impotente, a pesar de las obras de asistencia, a pesar de la moral —hipócrita— de la familia y de la Iglesia.

La importancia central de la eugénica reside en la herencia. Devaldés examina esta última en varios capítulos, con ayuda de reputados biólogos. Según algunos, el papel de la herencia es preponderante en lo que concierne a las cualidades físicas y mentales de los hombres; pero es más exacto decir que el influjo de la herencia es igual al del medio. La herencia es la relación genética existente entre generaciones sucesivas, esto es, "la transmisión a los descendientes de los caracteres físicos y mentales de los ascendientes". Augusto Weissmann ha explicado esta transmisión por la "ley de continuidad del plasma germinativo"; así se hacen inteligibles no sólo la semejanza entre padres e hijos, sino también el atavismo, el retorno a un tipo más antiguo.

Mas esta semejanza no es absoluta. De una a otra generación pueden sobrevenir variaciones, que el biólogo Mendel ha estudiado en la fusión de los dos plasmas. Algunos lamarkianos atribuyen las variaciones a la influencia del medio (para ellos, el plasma germinativo es un medio nutritivo antenatal). De la variación resulta el fenómeno de selección. La variación es la causa original de la diferenciación en especies. En la naturaleza, la selección es esencialmente la supervivencia de los más aptos. En lo que concierne a los hombres, las clases sociales son verdaderas subespecies. La selección humana no es idéntica a la selec-

ción puramente natural. Cuando una especie animal comienza a degenerar, hállase condenada a desaparecer. En la especie humana, la perpetuación de los degenerados se ha hecho posible por la ciencia médica y por la doble moral social, que protege a los débiles y sostiene a los estropeados e incluso a los "tarados" incurables. Así, el tipo humano inferior se reproduce y su multiplicación es una causa de degeneración de la especie humana. "La selección natural, atemperada por el hombre, es por tanto disgénica."

Las indagaciones de Mendel han llegado a la conclusión definitiva de que sólo una buena herencia puede dar niños sanos de cuerpo y de espíritu. Puede preverse la herencia patológica según los caracteres patológicos físicos y mentales de los padres. De padres epilépticos, nacerán hijos epilépticos. Si sólo uno de los padres está sano, no puede asegurarse que el hijo será normal. Las taras ligeras pueden combatirse por medio de una educación específica, lenta y costosa. La influencia propicia del medio no suprime una tara. Un débil de espíritu podrá ganar más o menos bien su vida, pero un idiota no será nunca inteligente. He ahí por qué "las simples atenuaciones aportadas a la selección natural, sea cual fuere el sentimiento que las inspire, son, desde el punto de vista de los eugenistas, absurdas y nocivas". No podemos exterminar a los degenerados que viven entre nosotros. Pero podríamos *evitar* el nacimiento de otros degenerados. En lugar de la selección natural, el hombre puede practicar la selección racional, empleando los medios propios para prevenir la transmisión de la herencia mórbida.

Sobre la herencia mórbida existe una literatura médica, psicológica y estadística tan vasta, que sería imposible resumir aquí los capítulos en los cuales condensa Devaldés las conclusiones de los médicos sobre la herencia alcohólica, sifilítica, tuberculosa, etcétera. El pueblo se halla advertido a este propósito, pues dice la Escritura: "Los padres han comido las uvas verdes y los dientes de los niños han experimentado dentera por ello." El doctor Demme, examinando a 57 niños, nacidos de padres alcohólicos, ha comprobado que "25 murieron en las primeras semanas siguientes a su nacimiento, 12 se hallan idiotas, 5 hidrocefalos, 5

epilépticos, 2 dipsómanos y 8 normales". De 600 niños internados en el Hospicio de Bicetre, 75 nacieron de padres alcohólicos. He ahí un efecto del "respeto hacia la vida humana". Devaldés se pregunta: "¿No valdría más respetar la vida *antes* de que hubiese visto la luz y no dar al ser humano un día de sufrimiento?"

Los espartanos se mostraban sin piedad —sin falsa piedad— cuando arrojaban a un precipicio a los niños deformes o idiotas. Hoy, con la ayuda de la ciencia, los degenerados podrían ser aniquilados por *eutanasia*: por una muerte mansa, sin dolor. Sería preferible, sin embargo, que los degenerados no naciesen y, mejor aún: que no fuesen concebidos. Esto es posible gracias a la ciencia: por medio de la *esterilización* de cuantos manifiesten caracteres patológicos o sufran enfermedades incurables. Este es un medio radical, mediante el cual se suprimiría el mal en su raíz. Puede persuadirse a un sifilítico y a un tuberculoso para que no se reproduzcan. Por el contrario, un alcohólico, desprovisto de voluntad, vese empujado inconscientemente a reproducirse. La medida heroica de los Estados Unidos, la prohibición del alcohol (1930-1934), no se generalizará tan pronto¹. Por otra parte, la prohibición en el océano del sufrimiento y de las dolencias humanas, es apenas una gota balsámica. Las semimedidas son, por lo general, inútiles. La humanidad está llena de degenerados. Reproducimos una lista, bastante modesta, del doctor Binet-Sanglé: "...Los intoxicados habituales, (grandes comedores inactivos, alcohólicos, eterómanos, opiómanos, morfínómanos, cocainómanos, tabacómanos, reumáticos, gotosos, diabéticos y obesos); los infectados crónicos, de terreno transmisible (tuberculosos, escrofulosos, cancerosos); los neuró-

¹ Medida heroica, en efecto. Pero ya hemos visto sus desastrosos resultados con el odioso tráfico de los tristemente célebres *gangsters* (contrabandistas). Esta medida dio lugar a la venta clandestina del alcohol en pavorosas proporciones y a que los bebedores ingiriesen extraños brebajes, verdaderos tóxicos que han causado multitud de víctimas. Por lo cual se confirma una vez más el dicho vulgar: "Es peor el remedio que la enfermedad". Comprendiéndolo así, el gobierno Roosevelt ha abolido la llamada "ley seca", acontecimiento que, durante un largo lapso, fue fuente de artículos y reportajes para todos los periódicos y revistas del mundo civilizado. (N. del Trad.)

patas y los psicópatas (neurasténicos, histéricos, etópatas, es decir, los que presentan una enfermedad de carácter: tristeza, odio o miedo crónico, epilépticos, imbéciles, idiotas, alienados)... Y el doctor Binet-Sanglé repite el grito: "Por interés de la humanidad y por su propio interés, hay qué impedir que esos individuos engendren o que vivan sus descendientes..."

Herencia y crimen.—Tema popularizado hasta el extremo por los procesos de los tribunales, pero que debiera ser presentado de manera distinta a como suele hacerse. La piedad de la "opinión pública", manifestada por los veredictos con frecuencia negativos de los jurados, es una de las señales de la selección al revés. Si castigamos a los criminales, es que les suponemos responsables de sus actos. Les encerramos para que no tengan ocasión de repetir el gesto del crimen. Sin embargo, el verdadero culpable es la "sociedad", que no es más que una abstracción si no tenemos en cuenta los individuos que la componen. Castigar el crimen "con el propósito de suprimir la criminalidad se parece a la tarea de Sísifo". Algunos, en lugar del castigo, preconizan el tratamiento médico de los criminales. Esta medida es más justa, pero no puede ser suficiente para secar la fuente de la criminalidad. Las causas de los crímenes no provienen todas de la herencia, pues hombres normales se hacen criminales a causa del medio. La lucha excesiva por la existencia en un medio superpoblado lleva al crimen. Los eugenistas no podrían ignorar voluntariamente la ley de Malthus. No es suficiente evitar la procreación de los degenerados: es preciso limitar la natalidad a la proporción permitida por los medios de existencia. En cuanto a la educación, tiene un papel sin importancia en la evitación de la criminalidad. Si según H. Guillou, el carácter del criminal es debido a la herencia en un 50 por ciento, en un 25 por ciento a la influencia del medio, en un 10 por ciento al estado psicológico, la influencia de la educación es apenas de un 15 por ciento.

Todas las formas de degeneración hallan su expresión culminante en los criminales, que son sumamente prolíficos. Un solo ejemplo: Juke, un vagabundo holgazán, nacido en 1720, en

Nueva York, tuvo después de seis generaciones 1,200 descendientes. Entre ellos, 300 individuos murieron en su infancia; 310 fueron mendigos profesionales, que se pasaron en total 2,300 años en las casas de caridad; 440 fueron arruinados físicamente por la sífilis; más de la mitad de las mujeres cayeron en la prostitución; 130 fueron criminales, entre los cuales hubo 60 ladrones y 7 asesinos. Sólo 20 aprendieron un oficio y 10 de ellos hicieron el aprendizaje en la cárcel. En 1877, los Juke habían costado al Estado 1.250,000 dólares. En 1915, los Juke (novena generación) comprendían 2,820 individuos. El gasto del Estado se elevaba a 2.500,000 dólares.

¿Es necesario, después de esto, desmenuzarse en comentarios? Herbert Spencer se preguntaba en 1884: “¿Es la bondad o la crueldad la que ha puesto a estas gentes, una generación tras otra, en la posibilidad de multiplicarse y de convertirse en un azote cada vez mayor para la sociedad en medio de la cual vivían?” Los eugenistas piden la esterilización de esta especie de degenerados, a lo cual los “corazones sensibles” exclaman que eso sería una barbarie. ¿En nombre de la humanidad, los hombres tendrían qué dejarse exterminar por monstruos con rostro humano!

El argumento económico en favor de la esterilización no es menos decisivo. Es evidente que la manutención, por la colectividad, de una parte de los degenerados se traduce por un aumento en trabajo y en alimentos sobre la población normal. En Inglaterra, la educación de un niño anormal cuesta anualmente treinta libras esterlinas, y la de un niño sano, solamente doce libras. Después que han sido educados, estos anormales tienen la libertad de reproducirse: son prolíficos y transmiten su degeneración. Desprovistos del sentido de la responsabilidad, estos “subhumanos son sordos a toda palabra de ideal”. ¿Qué les importa el número y la calidad de su progenie, el doloroso porvenir reservado a sus hijos? La inconsciencia o el cinismo de estos degenerados es adecuado a la hipocresía de la moral social.

La sociedad podría emplear los medios más suaves para impedir que los degenerados perpetuasen su tipo perjudicial. El hecho de que sean víctimas no justifica la procreación por sí

mismos, a su vez, de nuevas víctimas. A pesar de todo el respeto para la libertad individual, los degenerados deben ser aislados del resto de la sociedad (locos, idiotas) o esterilizados si se les deja libres (alcohólicos, sifilíticos, etc.). La prohibición legal del casamiento de los degenerados, como ocurre en los Estados Unidos, es una medida incompleta, pues el efecto eugénico queda anulado por la unión y el amor libres. La esterilización es, por consiguiente, el medio más eficaz para purificar a la humanidad. Practicada *al mismo tiempo que la educación sexual integral*, contribuiría a suprimir los efectos desastrosos del alcoholismo y de la prostitución. Sólo entonces podría ejercerse la libertad individual de una manera positiva y creadora.